

dificultad se podría lograr poner verdaderamente en claro este punto; pero en qué forma contribuyeron las mas diversas influencias a producir la ruina del desdichado califa, y cómo, especialmente, la ambicion no satisfecha de algunos personajes se aprovechó, sin reparar en las consecuencias, de la favorable ocasion para una mezquina venganza, se desprende de una historia que refiere un autor que no peca de parcialidad en favor de Othman. Durante las negociaciones entre el califa y los rebeldes se encontraba tambien en Medina Amr Ibn El Asi, el cual, segun dice el autor de la historia, suplicó un dia á Othman que le dejase subir en lugar suyo al púlpito para dirigir una plática al pueblo disculpando todo lo posible su gestion gubernativa. Amr desempeñó su cometido ensalzando hasta las nubes al Profeta y á los antecesores de Othman; pero de éste solo supo decir que la gente le censuraba y que deseaba sincerarse. «Tened, pues,—dijo,—paciencia con él; el que es hoy pequeño, será mañana grande; el que es flaco, engordará, y tal vez el aplazamiento es mas prudente que la precipitacion.» Esta aprobacion poco velada del movimiento insurreccional provocó naturalmente la mayor indignacion en el califa. «¡Pero tú excitas mas todavía á la gente contra mí!» gritó dirigiéndose al falso defensor, y cuando éste con descocada tranquilidad le contestó: «He dicho de ti lo mejor que podía decir,» le replicó amargamente: «¡Ya sabia yo que desde que te saqué de Egipto, tu vestido estaba lleno de piojos!»

Vengábase entonces Amr de la falta cometida por el cándido y débil príncipe. El desenlace se hizo aguardar todavía algun tiempo. En la última conferencia habida entre Othman y los cabecillas de la rebelion, á quienes Alí como mediador habia presentado al califa, se negó éste á la exigencia de dimitir pronunciando estas varoniles palabras: «No me despojaré de la vestidura que Dios me ha puesto.» Los rebeldes volvieron entre los suyos amenazando ya abiertamente con el empleo de la fuerza, á pesar de lo cual ni Alí, ni Talja, ni Sobeir dieron paso alguno para volver á poner la ciudad en estado de defensa. Es por tanto de suponer que por algun motivo habrian renunciado á la esperanza de lograr por medios amistosos que Othman se sometiera definitivamente á su influencia. Las huestes amotinadas penetraron entonces en la ciudad, empezando á aterrorizar á los habitantes, en su mayor parte poco dispuestos en favor de la ya manifesta rebelion Othman, cuyo valor moral se acrecentaba cada dia de un modo verdaderamente admirable, dada su avanzada edad, con la conciencia del buen derecho de su alta dignidad y con la piadosa sumision á la voluntad de Dios, no dejó de ir diariamente á la mezquita á presidir las oraciones de la comunidad, cuya tranquila devocion se veía interrumpida en cada servicio divino del modo mas irritante por el soez escándalo de las bandas facciosas. Los malos tratamientos físicos que el anciano califa hubo de sufrir no le arredraron en el cumplimiento de su deber, hasta que los malvados dispersaron á los devotos á golpes y á pedradas, obligando así al califa á encerrarse en su casa. Reunióse, no obstante, un corto número de leales, casi todos parientes y servidores de la casa, para proteger la vida de Othman contra todo ataque directo, y á ellos se unieron algunos mas de fuera de la ciudad. Alí, Talja y Sobeir enviaron cada uno á uno de sus hijos á aumentar la hueste que vigilaba las avenidas de la casa del califa, pero esto solo puede considerarse como un acto de indigna hipocresia, porque si tenian verdadero interés en la defensa de su legitimo soberano, con facilidad habrian podido reunir, como los mas respetados compañeros del Profeta, número suficiente de hombres avezados á la guerra para impedir toda violencia.

Los revoltosos, cuyo verdadero jefe era Mohammed Ibn Abí Bekr, si bien el mando aparente estaba en manos de otro, empezaron entonces á sitiarse en toda forma al califa en su casa. Por lo pronto parecia que deseaban evitar la efusion de sangre, ya que contaban reducir en definitiva por el hambre á la pequeña fuerza de Othman á que se entregara incondicionalmente. En vano el anciano príncipe dirigió la palabra al pueblo desde la azotea de su casa; en vano procuró mover otra vez á Alí á que reuniera fuerzas en su defensa; ni siquiera pudo conseguir que los que se consideraban los primeros entre los creyentes alcanzasen de los sitiadores un poco de agua para los que estaban en la casa del califa atormentados por el ardoroso sol de junio. Fuera cual fuese el desenlace, los primeros confiaban en que los rebeldes, en definitiva, no podrian lograr un triunfo duradero sin la autoridad de los mas antiguos compañeros de Mahoma, y olvidaron, en su obcecado egoismo, el juramento de fidelidad que habian prestado al jefe de los creyentes. Solo Aischa y el experimentado Amr fueron precavidos: la primera se marchó á la Meca con una caravana de peregrinos so pretexto de la santa peregrinacion, y Amr se trasladó con sus dos hijos á una posesion que tenia en la Palestina. Después, el que no hubiese estado presente en los acontecimientos quedaba en completa libertad de accion. Unas diez semanas despues de la primera aparicion de los revoltosos en Medina sobrevino la catástrofe el dia 18 del mes Zul-hiddscha del año 35 (17 de junio de 656). Tiempo hacia que habian sido enviados con urgencia emisarios á las provincias, llamando á los lugartenientes á la defensa del califa: Abu Muza, que estaba en Kufa, no pudo ó no quiso hacer nada por él, pero los omniadas Ibn Amir, que mandaba en Basora, y Moawiya, que gobernaba á Damasco, hicieron marchar tropas inmediatamente para socorrer á Othman, y precisamente en el mencionado dia llegó á Medina la noticia de que aquellas fuerzas estaban á pocas millas de la ciudad. Con este motivo se ha acusado especialmente á Moawiya de intencionada lentitud, y no es improbable que él, que desde hacia bastante tiempo preveía el peligro, hubiese podido acaso llegar á tiempo si en vez de aguardar órdenes directas hubiera procedido por sí mismo con su acostumbrada energía. Es de suponer que el frio político tuviera, como siempre, en cuenta, antes que todo, su propia ventaja, y ésta le aconsejaria sin duda exponerse lo menos posible en favor del califa, cuya popularidad se habia perdido sin remedio. En la leal Siria se podia aguardar tranquilamente el momento oportuno para sacar provecho de la inevitable confusion que habia de sobrevenir. Pero la acusacion de la tradicion posterior, que culpa precisamente á Moawiya de haber querido la muerte de Othman, es una de tantas calumnias que se han inventado y difundido sistemáticamente contra los omniadas. De todas suertes, la noticia de la llegada de las tropas de la Siria y de Basora decidió la perdicion del califa. Los sublevados se precipitaron de todas direcciones contra la casa; la entrada principal pudo ser obstruida por los de adentro, pero por los terrados de las casas vecinas penetraron algunos grupos que atacaron por la espalda á los defensores y los ahuyentaron. En esta refriega fué derribado Merwan de un sablazo en el cuello y dejado por muerto. Precipitáronse luego hacia el aposento en que Othman, con noble compostura, aguardaba su suerte. Imperturbable ante el estruendo de la lucha, habia continuado leyendo el Corán, fortaleciéndose con la palabra de Dios: «Dios no olvida la recompensa de los creyentes... de aquellos á quienes los hombres dicen: Mirad, hombres se han confabulado contra vosotros, temed de ellos; pero eso solo afirma á aquellos en la fe, porque dicen: ¡Nuestro amparo

es Dios, con él estamos bien guardados!» Cuando la banda de los asesinos penetró allí, no se atrevió ninguno, en el primer momento, á poner la mano sobre el venerable califa. Con sosegada benignidad se defendió de las reconvencciones é inculpaciones que de todos lados se le dirigian, hasta que el grosero Mohammed, hijo degenerado de Abu Bekr, le sacudió por la barba y le gritó: «¡Por fin, Dios te ha dado lo que mereces, viejo imbécil (1)!» El califa contestó con firmeza: «¡No soy ningun imbécil, soy Othman, el jefe de los creyentes!» «¡Ahorra no te salvará ya ni Moawiya ni ningun otro!» «Hijo de mi hermano, tu padre no hubiera osado usurpar el poder.» «Si mi padre,—le replicó Mohammed,—te hubiese visto proceder como lo has hecho, te habria considerado indigno de gobernar; ¡pero lo que yo quiero de tí es cosa muy distinta de usurparte el poder!» Entonces exclamó el califa: «¡Busco mi apoyo en Dios, que me ayudará contra tí, y á él pido auxilio!» Estas fueron sus últimas palabras. Mohammed salió del aposento, pero los otros se arrojaron entonces sobre el anciano indefenso; Naila, su esposa, queriendo desviar con la mano una espada, recibió un tajo que le cortó los dedos, y pronto corrió la sangre del yerno del Profeta sobre las hojas del libro sagrado, que aun al morir estrechaba contra sí. Cuando sus defensores, repuestos ya de la sorpresa del primer momento, se precipitaron en la habitacion para intentar salvarle, todo habia concluido.

Apenas consumado el hecho sangriento, perpetrado por el ciego fanatismo y el odio personal, y consentido por la cortedad de espíritu y el ofuscado egoismo, se presentaron ya sus inevitables y graves consecuencias con funesta claridad á los ojos de todos los complicados en él. Como en tales casos suele suceder, el hecho, una vez consumado, apareció bajo distinto aspecto del que habia ofrecido antes de su realizacion. Entonces fué pronto evidente, tanto para Alí como para Talja y Sobeir, que debia caer en sospecha de complicidad el que aceptara el califato de manos de los asesinos; y estos mismos comprendieron perfectamente que no lograria ser acatado por la comunidad el jefe, fuese el que fuera, á quien ellos se atreviesen á proclamar. Solo en el caso de poder decidir á los hombres principales de Medina á que ellos mismos hicieran una eleccion unánime parecia posible devolver, cuando menos en parte, su antigua autoridad á la dignidad soberana, que acababa de ser pisoteada en el polvo y en la sangre, y reanudar en lo posible los lazos de la legitimidad, desgarrados con criminal torpeza. Muy pronto debia demostrarse lo infructuoso de semejante tentativa; con todo, era menester hacerla, y ni Malik ni el hijo de Abu Bekr eran hombres á quienes faltara la energía para ello. Así, pues, mientras Alí, á quien los sublevados del Egipto, los mas poderosos por su número y por su ardimiento, deseaban ver al frente del imperio, como igualmente Talja, el mas popular entre los de Basora, y Sobeir, que lo era entre los de Kufa, se negaban á tomar las riendas del gobierno, los rebeldes apremiaban sin cesar á las gentes de Medina, indecisas ante la repulsion y el temor que les inspiraban los asesinos, para que procedieran cuanto antes á la eleccion, que de todos modos era indispensable hacer. Por otra parte Alí, que como primo y yerno del Profeta tenia en todo caso no solo mejor derecho que los otros dos sino tambien mayor número de partidarios, era constantemente solicitado, hasta que, por último, se manifestó dispuesto á encargarse del gobierno si Sobeir y Talja se avenian á prestarle homenaje. Estos, sin embargo, no pensaron así por lo pronto, y

solo cuando los de Kufa y Basora se pusieron tambien del lado de Alí, pues era preciso poner término á semejante situacion, acabaron por ceder. Así, ocho dias despues de la muerte de Othman (25 Zul-hiddscha 35 = 24 de junio 656) recibió por fin Alí, como califa, el homenaje, en la forma acostumbrada, de los medineses y de los de fuera. Posteriormente Talja y Sobeir pretendieron que solo habian cedido á la presion violenta que en ellos habia ejercido el enérgico Malik con sus amenazas, y con esto concuerdan tambien algunas tradiciones segun las cuales, por ejemplo, Malik, sable en mano, condujo delante de sí á Talja, como camello rehacio, al acto de prestar homenaje. Es evidente que en esto hay exageracion, pero da fe en cierto modo del terror que hacia temblar á toda Medina ante los sables de los regicidas. No se comprenderia esta lastimosa conducta de hombres que en otro tiempo como auxiliares del Profeta habian emprendido la lucha contra toda la Arabia, y de los cuales Talja habia defendido con su propio cuerpo en Ojod al enviado de Dios contra escuadrones enteros de enemigos, si no fuera evidente que tambien en este caso la conciencia intranquila habia hecho cobardes á todos.

Así fué, pues, califa Alí; muy pocos medineses se negaron á prestarle homenaje, y entre estos pocos se encontraba Sa'ad Ibn Abí Wakkas, el conquistador de la Persia, que disgustado, y acaso arrepentido tambien de su inactividad durante la catástrofe, se retiró á su posesion, situada en un extremo de la Arabia, no queriendo oír hablar de los negocios públicos mientras no estuviere otra vez unida toda la comunidad bajo un iman. No quiso reconocer como tal á Moawiya, y murió casi olvidado en su soledad en el año 50 (670). Los pocos amigos de Othman y sus parientes omniadas huyeron inmediatamente despues del asesinato, entre ellos Merwan, el cual pronto se hubo repuesto de su aparente muerte, y No'man Ibn El-Beschir, quien en testimonio de la muerte de Othman llevó la camisa manchada de sangre y los dedos cortados de la mano de Naila á Moawiya, que estaba en la Siria. Restablecióse, pues, por el momento la tranquilidad en Medina, ya que los rebeldes emprendieron tambien su regreso á las provincias; pero era la quietud que precede á la tormenta. Alí inauguró su reinado—su duracion nominal fué desde el 25 Zul-hiddscha 35 (24 junio 656) hasta el 17 Ramadan 40 (24 enero 661)—con una medida cuya necesidad era tan evidente como su ineficacia. Los lugartenientes omniadas, cuya administracion habia sido el principal fundamento de las quejas contra Othman, no podian de modo alguno continuar ocupando sus puestos; recibieron, pues, la órden de destitucion, siendo nombrados al propio tiempo nuevos jefes: Othman Ibn Honeif para Basora, en lugar de Ibn Amir; Ammar Ibn Schihab para sustituir á Abu Muza en Kufa; Keis Ibn Sa'ad para el Egipto y Obeidallah, hijo de Abbas, tio del Profeta, que habia muerto en los últimos años del reinado de Othman, para la Arabia meridional. Este último mando habia estado hasta allí en manos de Ya'ala Ibn Munya, de origen temimita, que como protegido de una familia emparentada de cerca con los haschimitas habia vivido antes en la Meca, pero que luego se adhirió á los omniadas. Ibn Amir, que no podia sentirse seguro en Basora, no opuso dificultad alguna á ceder su puesto á Ibn Honeif. Ya'ala no intentó tampoco resistir, pero se llevó la bien repleta caja del Estado á la Meca, donde pronto empezó á representar un papel bastante peligroso para Alí. Keis Ibn Sa'ad fué acatado por lo pronto por los egipcios, exceptuando cierto número de partidarios personales de Othman, que se habian hecho fuertes en Jarbita, poblacion en las cercanías de Alejandría, y á los cuales dejó en paz por el momento, pues su propia situacion era ya bastante

(1) Así acostumbraban á llamar á Othman sus enemigos.



tante difícil á causa de la mala disposicion de los exaltados capitaneados por Mohammed Ibn Abi Bekr, el cual habia esperado que le nombraran lugarteniente. Pero Ammar no fué del agrado de los de Kufa, que se encontraban en su verdadero elemento con Abu Muza, siempre flexible é incapaz de obrar con energía. Así cuando se les presentó aquel con su nombramiento de Alí, le significaron llanamente que se cuidara de sí mismo. La sumision que menos podia naturalmente esperarse era la de Moawiya, al cual profesaban ciega adhesion las tropas de la Siria. Solo un mes despues de recibido el oficio de Alí destituyéndole, envió á éste por mano de Kabisa, beduino de los gatafan, una carta con la lacónica direccion de «Moawiya á Alí,» pero cuando el califa la abrió resultó que estaba en blanco. Entonces preguntó al emisario: «¿Qué significa esto?» El emisario repuso: «¿Tengo la vida segura?» y como se le replicara: «Sí, no se mata á los enviados,» continuó: «Pues eso quiere decir que vengo en nombre de personas á quienes solo la venganza puede satisfacer.» «¿Venganza! — exclamó Alí, — ¿contra quién?» y el beduino respondió: «¡Contra la médula de tus huesos! ¡He dejado sesenta mil hombres llorando bajo la camisa de Othman que les ha sido presentada, y con la cual han cubierto el púlpito de la mezquita de Damasco!» Así era en efecto.

El viejo Amr Ibn El-Así no era muy ducho en materia religiosa; toda su dogmática estaba reducida propiamente á una sola máxima de fe, á la que, en cambio, estaba aferrado con extraordinaria tenacidad: «No hay otro lugarteniente para el Egipto fuera de Amr.» El Egipto era su tierra, por él conquistada, y en la que hubiera podido encontrarse perfectamente con la riqueza de los impuestos que fluían de los pacientes coptos si él hubiese podido ordeñar á sus anchas aquella vaca, que los califas herejes reservaban para sí. Alí habia usurpado de nuevo aquella provincia á su legítimo dueño, y por eso Amr se habia ido á reunir con Moawiya. Colocado éste sin contradiccion á la cabeza de la casa Omayya desde la muerte de Othman, no hay duda que ya entonces habia puesto sus miras en un sitio mas alto. Humillarse ante Alí habria sido entregar á los piadosos medineses el poderío que el partido mundano de la antigua aristocracia de la Meca habia conquistado recientemente, y era natural que no pensara en ello. De todas suertes se habia de llegar á la lucha entre las dos tendencias opuestas, y Moawiya no era hombre para desaprovechar el importante apoyo que la opinion pública debia conceder al campeón de la legitimidad y al vengador de un horrendo crimen. Así, pues, él, que ni siquiera habia hecho esfuerzo alguno especial para salvar al jefe de su familia, inmediatamente despues del asesinato del califa dió el grito de: «¡Venganza por Othman!» contra Alí directamente, cuya ambigua conducta durante la rebelion podia haber inspirado, si bien difícilmente al propio Moawiya, que conocia á las gentes, á lo menos á hombres no tan perspicaces, la sospecha de complicidad. Naturalmente, en la Siria se hizo cuanto fué posible para dar cuerpo á la sospecha, y muy pronto el pueblo en general creyó en la verdad de la acusacion. Ahora bien: Amr, que pocos meses antes habia contribuido con sus excitaciones á fomentar el descontento de los de Medina, tuvo entonces el descaro de hacer coro con los que gritaban pidiendo venganza contra los asesinos del desdichado califa; y él, siempre astuto entre los astutos, tuvo tambien la ocurrencia satánica de mandar exponer en Damasco la ensangrentada camisa y los dedos de Naila, para excitar hasta el paratismo la indignacion pública, que entre los árabes de ardorosa sangre tiene mayor significacion, bajo todos conceptos, que en cualquier otro pueblo.

Mientras esto ocurría en el exterior para robustecer la fuerza del partido omniada, se negaban en la capital al ca-

lifa los apoyos que hasta entonces habian sido considerados precisamente como las columnas fundamentales del imperio. Por mas que Alí se habia hecho rogar antes de aceptar el homenaje, no pudo destruir el hecho de que en definitiva su califato habia sido consecuencia del regicidio, y el remordimiento de haberse portado desleal y cobardemente se tradujo, como era natural, entre todos los piadosos que no pertenecian al grupo de los fanáticos, en repulcion contra el nuevo soberano. La gente de Medina se retraía de él con marcada intencion, y si bien al principio muy pocos abandonaron la ciudad, como hizo Sa'ad, el llamamiento á la lucha contra Moawiya, que Alí se vió obligado á hacer en vista del atrevido reto, no produjo efecto alguno: fuera de los partidarios personales, que á pesar de todo poseía todavia en bastante número por ser primo y yerno del Profeta y estar muy considerado á causa de su valor personal, de su facilidad de expresion y de sus dotes de poeta, nadie quiso tomar las armas, aunque todos debian reconocer que los omniadas no se contentarian solo con amenazar. A pesar de sus dotes, carecia precisamente Alí de aquella de que mas habia menester en su difícil situacion: la rapidez de la decision. Despues del nombramiento de sus lugartenientes, no hizo nada durante largos meses, aunque las muy conocidas condiciones de las provincias le habrian dado en mas de un concepto motivo para adoptar enérgicas resoluciones, y á la sazón esperaba con demasiada calma á ver si los de Medina acababan, por fin, de decidirse en favor de la campaña siria. Una funesta nueva le sacó finalmente de su letargo.

La tibieza de los de Medina habia demostrado que la causa de Alí no tenia raíz alguna en el pueblo: así, sus vencidos rivales Talja y Sobeir habian concebido nuevas esperanzas de que á la postre seria aun posible arrebatarle la soberanía. Si Othman habia sido derribado por una rebelion, ¿por qué habia de ser mas sólida la situacion de Alí? La lealtad y la fe ya no existía entre aquellos hombres. Dirigiéronse, pues, ambos á la Meca para preparar allí un levantamiento bajo el amparo del derecho de asilo de que gozaba el territorio sagrado. En la Meca encontraron á Aischa, que se habia fijado allí despues de la catástrofe, y á Ya'ala con el dinero que habia sustraído de la Arabia meridional. Este no tuvo inconveniente alguno en asociarse á ellos, y la «madre de los creyentes» no podia tener mayor satisfaccion que injuriar á su mortal enemigo Alí y conspirar contra él (1). Lo mismo habia hecho antes contra Othman, y como su piedad se avenia perfectamente con una funesta inclinacion á la intriga, se manifestó entonces tan indignada por el espantoso crimen como Amr y Moawiya. Pero lo mas notable fué que un gran número de omniadas, capitaneados por Merwan, se adhirieron tambien á este movimiento. No podemos decir por qué motivos se fueron, despues del asesinato de Othman, á la Meca, en vez de reunirse con Moawiya: tal vez pensaron que en la ciudad santa, cuya jurisdiccion estaba protegida por un derecho de asilo severamente respetado, estarian mas pronto en seguridad que tomando el camino de la Siria, á la sazón peligroso á causa de los rebeldes; acaso tambien fuera su primera intencion reunir partidarios para su causa en el antiguo asiento de la casa omniada. De todas suertes, cuando Talja y Sobeir tomaron en la Meca la direccion del movimiento, juzgaron conveniente contribuir por lo pronto á ahondar todo lo posible la division suscitada en el seno del partido de los piadosos: cuantas mas fuerzas gastara Alí en la lucha con estos adversarios, tanto mas fácil seria para

(1) «Cuando no podia excusarse de hablar de él, siempre lo hacia en mal sentido,» así lo atestiguan un contemporáneo.

Moawiya la victoria definitiva. Estas honradas gentes hicieron entonces como que creían en la sinceridad del propósito de vengar la sangre de Othman en Alí, y cuando Talja y Sobeir, juntamente con Aischa, se pusieron en camino con unos mil hombres en direccion del Irak, para atraer á su causa, por medio de los amigos que allí tenían, á la numerosa fuerza militar de aquella provincia, marcharon alegremente los omniadas al frente de aquella expedicion tan heterogénea. El único que se manifestó honrado fué Sa'id Ibn El-Así, lugarteniente de Kufa del tiempo de Omar; éste se burló de sus parientes cuando los vió adelantarse montados en camellos á Talja y á Sobeir, diciendo estas palabras: «¿Adónde vais, dejando vuestra venganza en los lomos de los camellos que van detrás de vosotros?» aludiendo bastante desembozadamente á la complicidad de aquellos dos en la rebelion contra Othman. Puso entonces tan de manifiesto la hipocresía de aquellos jefes, que cuando contestando á su pregunta de cuál de los dos seria califa, despues de obtenida la victoria, dijeron: «El que de nosotros elija la comunidad,» repuso Sa'id: «Ya que tratis de vengar la sangre de Othman, reservad la soberanía para uno de sus hijos.» A esta observacion respondieron con palabras evasivas, y Sa'id se negó á tomar parte en la empresa como algunos otros que siguieron su ejemplo. Que todos los comprometidos no estaban muy seguros del éxito, lo demuestra el hecho de que á Aischa le faltó poco para retirarse, impresionada su intranquila conciencia por un presagio funesto que halló en medio de su camino; dejóse, sin embargo, convencer y en Rabi II del año 36 (octubre de 656) el ejército, que durante el camino se habia aumentado hasta tres mil hombres con fuerzas procedentes de varias partes, llegó ante Basora. Lo mismo que en Kufa, las opiniones estaban allí muy divididas. En ambos puntos se encontraban desde hacia ya bastante tiempo muchos personalmente adictos á Talja ó á Sobeir, y si bien aquellos que habian formado parte de la expedicion contra Othman debian, precisamente ahora que otros gritaban venganza de la sangre de Othman, mantenerse fieles á Alí, creció bastante rápidamente la faccion, despues de la llegada de ambos personajes, entre aquella poblacion veleidosa.

Othman Ibn Honeif se portó muy bien como lugarteniente: dada la deslealtad de su gente, no pudo impedir que los contrarios ocuparan una parte del lugar, pero cuando procuraron hacer prosélitos por medio de públicas peroraciones pronunciadas ante el pueblo en la plaza principal de la ciudad, les disputó el terreno con celo y buen éxito, en lo cual le ayudaron con energía algunos de los mas avisados. Los coaligados debieron oír verdades amargas: á la «madre de los creyentes» se le recordaron las disposiciones del Profeta, segun las cuales debia permanecer tranquilamente en su casa en vez de ir de una á otra parte entre los hombres en el campamento, y cuando Talja y Sobeir declamaban contra el asesinato de Othman, se les preguntaba si querian ver las cartas en que ellos mismos habian excitado los ánimos contra el infeliz califa. Habia en la ciudad, además de los partidarios de los coaligados y de las gentes de Alí, un partido neutral del cual dependia en definitiva la resolucion que habia de prevalecer; éste exigió que se presentaran pruebas concluyentes de que en efecto Talja y Sobeir solo habian prestado homenaje á Alí bajo la presion de la fuerza, como ellos pretendian. Esto dió lugar á una corta tregua; pero cuando regresaron los emisarios enviados á Medina, con la noticia de que allí tambien estaban muy divididas las opiniones sobre este punto, volvieron las cosas á su anterior estado. Entonces los coaligados, favorecidos por traidores, sorprendieron una noche la casa de Ibn Honeif y le hicieron

prisionero; los partidarios de Alí, aunque privados de su jefe, no cedieron por eso, pero fueron luego vencidos en la lucha abierta que acabó por sobrevenir despues de varias negociaciones infructuosas. Basora estaba, pues, en manos de Talja y Sobeir, los cuales para hacer creer de una vez á la multitud en la sinceridad de su celo por vengar la sangre de Othman, cometieron el horror de mandar ajusticiar un gran número de partidarios de Alí como complicados en el regicidio, hombres que, en definitiva, no eran mas que sus propios cómplices. Esta miserable accion atrajo sobre sus autores el merecido castigo. Entre los ajusticiados se encontraban personas significadas que habian estado en relaciones íntimas con otras influentes de Kufa, y aunque en esta poblacion Alí no habia podido disponer hasta entonces de gran número de partidarios, manifestóse entonces la opinion completamente contraria á los coaligados. Ka'aká, el héroe de Kadesía, expresó en alta voz su indignacion, y tanto él como otros hombres importantes empezaron á agitarse contra Abu Muza El-Asch'ari, que hasta aquel momento habia continuado siendo acatado como lugarteniente. Este, como es natural, estaba dispuesto contra Alí, que le habia querido destituir, y como entonces llegaron casi á un tiempo mismo emisarios del califa y de los de Basora solicitando la adhesion de los de Kufa á sus respectivas causas, procuró decidir á sus gentes á que se mantuviesen á lo menos en actitud neutral. Repetidas embajadas de Alí no habian producido, en verdad, el objeto deseado porque Abu Muza habia logrado desautorizar como regicidas á los enviados, como Mohammed Ibn Abi Bekr, Malik El-Ashtar y otros. Por último se presentó en la ciudad El-Hasan, hijo de Alí, hombre sin carácter é insignificante de suyo, pero que como nieto del Profeta gozaba de cierta consideracion, yendo además acompañado del anciano Ammar Ibn Yazir, el que desde su desgraciada administracion en tiempo de Omar conocia la situacion de la ciudad. La perspectiva que Alí habia dejado entrever de establecer en Kufa la residencia del gobierno,—cada día era mas evidente la poca influencia que ejercia en Medina,—contribuyó entonces, con la prudente actividad de Ammar y la representacion de Hasan, á decidir á Ka'aká y sus partidarios á pronunciarse abiertamente en favor de Alí, y así quedó relegado Abu Muza, el cual tuvo que abandonar la ciudad retirándose por lo pronto murmurando y dispuesto á dar pruebas de su descontento en cualquier ocasion, la cual, ciertamente, no se presentó por entonces, pues el aspecto de las cosas habia cambiado de repente en contra suya.

Tan pronto como Alí tuvo noticia en Medina de la marcha de Talja y Sobeir, mandó reunir á toda prisa la escasa hueste de sus partidarios, que no pasaba de unos 900, para adelantarse si era posible en el Irak á los coaligados. Pero habia trascurrido tanto tiempo hasta que pudo ponerse en marcha que Basora habia ya caído antes de que llegara él á la frontera del Irak. Cuando entró en Zu-kar, donde se habia dado la gran batalla entre los Benu Bekr y las gentes de Hira, le salió al encuentro, portador de la mala nueva, Ibn Honeif, á quien los coaligados habian rapado el cabello, la barba, las cejas y las pestañas, expulsándole de Basora. Pero si Alí se encontraba entonces con su pequeña hueste frente á un número diez veces mayor, luego, cuando se le hubieron unido en el camino los 900 de Kufa que le llevó Hasan y los varios millares de fugitivos de Basora, así como otros que de varias partes se le fueron poco á poco adhiriendo, su ejército ascendió á unos 15 ó 20,000 hombres, y los coaligados no contaban seguramente con muchos mas. Precisamente su propia fuerza le inspiró la esperanza de restablecer la paz sin derramamiento de sangre. Mientras perma-